

Autor: Saul Ruiz Bascuñana
Obra: *El año sin verano*

Soy una de esas personas que tienen una vida desgraciada y simplemente no pueden hacer nada para evitarlo. Todo es culpa de la pandemia. Hace cuatro años tú y yo podríamos haber sido muchas cosas, Sancho. Y quién dice muchas cosas, dice felices. Yo me hubiera graduado, vestido con un traje azul barato. Dirían mi nombre por un gran altavoz. El apellido lo dicen mal, pero solo lo sabría yo. No importa. Me imagino suplantando la identidad de otro alumno con dos sílabas distintas y una vida mejor que la mía. Subo corriendo, todo lo que puedo correr con un traje diseñado para otro. Y Alba, Alba está sentada delante y me mira sonriendo. Lo mira a él, o sea a mí. Me empieza a sentar bien ser otro. Todo el mundo me aplaude por recoger un folio con un nombre que no es el mío, pero se parece mucho.

Esa noche, pierdo la virginidad en casa de Alba. Es el momento perfecto. Nos prometieron el verano de nuestras vidas, pero nadie nos había hablado de sexo. Es mucho mejor. Ese verano, Alba, tú sí, tú también vienes, tú y yo hacemos el interrail por Europa. Lo pagamos vendiéndole números de lotería a las mismas señoras cada mañana en el autobús, que no se acuerdan de nosotros y les recordamos a sus nietos, que no llaman nunca. En ese viaje me doy cuenta de quién soy en realidad y tomo la decisión definitiva de cambiar mi apellido. Ahora soy un adulto y puedo tomar con libertad este tipo de decisiones absurdas. Alba y yo nos distanciamos en otoño. Cosas que pasan. Hemos crecido juntos. Pero siempre habrá algo especial entre nosotros. Esas cosas se saben. En el modo en el que nos abrazamos, me toca el cuello y me susurra mi nuevo nombre al oído.

Tú y yo nos vamos a vivir a Barcelona. Por algún motivo, eso nos parece una buena idea. Nos mudamos a un piso de estudiantes, en el que vive un chico holandés que nos introduce a la marihuana. Lo sé, lo sé, es un cliché. Montamos fiestas, fiestas de verdad. Fiestas con gente dormida en las esquinas, con gente morreándose, con gente animada. Con las ventanas cerradas. Pero lo acabamos dejando. Derecho, no la marihuana. Tú decides que, en realidad, quieres dedicarte a actuar en películas independientes y yo decido convertirme en escritor.

Formamos una banda; tú tocas el bajo y yo compongo las letras y aporreo la batería. Es un grupo súper deprimente. Nuestra referencia es Nick Cave y The Smiths, pero todas nuestras letras se basan en mentiras. Conozco a una chica a la que también le gusta El apartamento. Nos mudamos a otro piso. Tú te vas a Madrid. Dejamos la maría. Dejamos el grupo. Dejamos de escuchar a The Smiths porque Morrissey resulta ser un fascista. Dejamos de pensar en aquel verano. Yo me gradúo en literatura general y comparada. No me ha servido de nada. Consigo un trabajo en una librería, sirviendo café. La chica a la que le gustaba El apartamento me deja. Escribo una novela malísima. Me publican la novela. Me vuelvo a Madrid. Me encuentro con Alba en el metro. A Alba le ha encantado la novela. Yo sospecho que no se la ha leído realmente. No volvemos a vernos. Tú ahora eres locutor en la radio y das el tiempo después de las noticias de deportes. Yo me voy lejos. Muy lejos. Cambio de amigos, de idioma, de gustos, de forma de vestir. Bebo vino y comento los matices. Vuelvo a utilizar mi viejo apellido.

Las cosas serían distintas. Tú no serías repartidor de glovo, serías el nuevo actor revelación de la industria del cine español. Y no estarías haciendo prácticas cobrando 250€ al mes. Y yo... yo no estaría siempre tan amargado y deprimido. Habría perdido la virginidad con Alba, con diecisiete años, cuando hay que perder la virginidad, cuando todavía no se ha perdido todo lo demás. Llevaría el pelo corto, más arreglado. Y tendríamos que romper. Romperíamos, pero nos diríamos que es el comienzo de una nueva etapa de nuestras vidas. A mí me han robado, Sancho. Me han pegado dos hostias y me han atracado la adolescencia ¿A dónde me voy a ir yo ahora a iniciar una nueva etapa de mi vida? Ya te lo digo yo, no respondas. Me voy a casa. Concretamente, a la casa de mis padres. Con mi viejo apellido tatuado en la frente, debajo de fracasado. Todo el mundo debería tener la oportunidad de que gritaran su nombre por un altavoz y le aplaudieran, por lo menos una vez en su vida.